

María Luisa Borrás

CENTENARIO DE JACINT SALVADÓ

Un imperdonable olvido

En 1992 se cumplía el centenario de Jacint Salvadó y a pesar de los esfuerzos de un grupo de ciudadanos, entre los que me cuento (y debo añadir que la mayor parte de los mismos eran del País Valenciano, siempre tan atento a las cosas del arte), no se logró despertar el interés ni de la administración ni de alguna galería para conmemorar en Cataluña la efeméride. Lo cierto es que en el artículo necrológico que escribí en mi diario haciendo de algún modo pública su muerte que pasó por demás inadvertida, ocurrida en el pueblecito de Catellet, en las inmediaciones de Marsella donde pasaba aquel verano de 1983, ya reclamaba para Barcelona una gran exposición retrospectiva de Jacint Salvadó. Llegó incluso a estar programada por la dirección de exposiciones de la Generalitat para 1993, en conmemoración de los diez años de su muerte. Pero el 93 fue un mal año, año de crisis y esa fue la clave para posponer el proyecto, mientras por supuesto se destinaban fondos del erario público a otros menesteres, sin duda más relevantes y urgentes. Se perdió la oportunidad del centenario de su nacimiento primero y luego la de los diez años de su muerte (vivimos en una sociedad que parece necesitar de la efeméride para acordarse de sus artistas) y tal como van las cosas, es de temer que Jacint Salvadó seguirá siendo el ilustre desconocido de la pintura catalana aún por muchos y muchísimos más años.

La voz que le dedica la Enciclopedia Catalana, por cierto firmada por Bernat Hervás, dice que en el umbral de los años veinte y treinta cuando Salvadó trabajaba con Derain y Picasso era considerado en París uno de los pintores más importantes de su generación. No perdía el contacto con Barcelona, sin embargo, donde tenía grandes amigos, aunque sólo exponía su obra en París. En los salones: Salón de las Tullerías (1924 a 1927), Salón de Otoño (1925 a 1927), Salón de los Independientes (1926 a 1960), Salón des Réalités Nouvelles (1948-1956); además de haber participado por supuesto en el emblemático «Salón des Artistes Espagnols» del Jeu de Paume que tuvo lugar en el dramático 1936. Además, a partir de 1927, a los tres años de llegar, exponía en París regularmente cada dos años siguiendo los usos y costumbres de la capital del Sena: en la Bing (1927 y 1929); en la Worms Billiet (a partir de 1931) y luego en la Galerie Simons Heller. En 1973 Juana Mordó, siempre alerta, exponía a Jacint Salvadó en Madrid y dos años después lo hacía en Alicante. Luego, en 1979, la Galería Orti, de Valencia, le dedicaba una antológica: serían las 3 únicas veces que exponía en el Estado Español en vida. Como se ve, nunca en Cataluña. De la exposición de Madrid, Moreno Galván escribía: «Salvadó era uno de nuestros artistas que se nos había quedado trasapelado.»

Desde el punto de vista de sus obras, hay que marcar en primer lugar que se produce en ella una ruptura radical entre dos conceptos de pintura, entre un realismo expresionista extrañamente germánico y también un realismo algo brutal al modo de Permeke que en los años cuarenta se convierte en una pintura que se mueve en la órbita del neoplasticismo y a la que dedicaría con pasión extraordinaria el resto de su vida. Si se observa de cerca, si se estudia con profundidad la pintura de Salvadó, no parece la ruptura tan radical y, por su puesto, en absoluto peregrina o azarosa. Había en su realismo, tan geométricamente estructurado, la semilla de los planteamientos radicales posteriores.

Quizá lo más característico y a la vez insólito en el panorama de la pintura neoplasticista y afín, es el empleo que del color hizo Salvadó. Lo trató con una exaltación sin precedentes por lo que se distinguía de modo notabilísimo de la tradición de la pintura constructivista, de la Bauhaus y, por supuesto, de Mar Bill al que tanto decía admirar. Era un hombre extraordinariamente afable y comunicativo que, a pesar de sus muchos años en Francia amaba entrañablemente su país y puedo atestiguar que cuando alguien se refería directamente a Cataluña en su presencia no era extraño observar cómo sus ojos hundidos y cansados, se humedecían.

Su conversación fluía salpicada de observaciones y recuerdos agudos, interesantes y frecuentemente divertidos, hacía gala de una memoria y de un sentido del humor proverbiales. Su gran humanidad, tanto en sentido espiritual como corporal, contribuía sin duda a que jamás su presencia pasara inadvertida. En seguida centraba la tertulia de gentes de toda edad.

Incluido con frecuencia en ese cajón de sastre llamado «Escuela de París» cometió un pecado que raramente perdonan aquellos que viven pendientes de los avatares del gusto y de la moda: fue siempre fiel a sí mismo y a la pintura. Su obra apunta a los valores y elementos esenciales del arte como son la forma y la estructura, el ritmo y el color, a la vez que rechazó el modelado o cualquier atisbo de claroscuro, y, por supuesto, toda anécdota, para proponer en cambio con toda entereza y contundencia un silencio y una meditación, una reflexión profunda sobre la verdadera esencia del arte.

Artículo de María Luisa Borrás publicado
en la revista «Bellas Artes», núm. 6. Año 1994. Madrid.